

SANTANDER.—LUNES 19 DE ABRIL DE 1886.

MADRID.

Era proverbial en España que los escritores estábamos mejor que queríamos que nos hacía falta, ¿pues?

Decían algunos mentecatos,—que no merecen mejor calificativo los que piensan en esas pequenezes,—que, á pesar de nuestra bienandanza, no dejaría de sernos conveniente un tratado de propiedad literaria con América.

¡Mire usted qué necesidad tenemos nosotros de molestar al Gobierno con exigencias de esa clase!

Que en toda la América se reimprimen los libros españoles, no solamente sin que los autores reciban un cuarto, sino hasta sin su permiso, que nadie les pide... Y eso ¿qué?... Que se representan las obras dramáticas con la misma libertad y por el mismo precio que se reimprimen los libros... ¿qué importa? Háganse ricos los editores y empresarios de Ultramar, y buen provecho les haga; que los autores peninsulares bastante tienen con la gloria, si la merecen y la alcanzan, y para nada necesitan el vil metal, como le llamamos los que no le tenemos, según dijo Blasco.

Por fortuna nosotros reservamos nuestra energía y nuestro empuje para empresas más altas.

Ultimamente no sabíamos en que dar, fatigados seguramente de la ardua tarea de *despellejarnos* los unos y los otros, y á cierto caballero, cuyo nombre y apellido andan ya por ahí en letras de molde— premio inmediato que la civilización otorga á los bienhechores de la humanidad—se le ocurrió una idea luminosa.

No sé si se dió ó no la consabida palmada en la frente; pero sí estoy seguro de que con la misma precipitación que si rompiera á hablar en aquel instante, ó temiera que le robaran el pensamiento, se levantó—supondrán ustedes que estaba sentado—y dijo: «hay que fundar un casino de escritores»...

Y la luz se hizo, que dice el Evangelio de San Juan.

Precisamente era un casino lo que en Madrid se echaba de menos. Ya ven ustedes no hay en la actualidad más que unos treinta ó cuarenta.

Pero decían los optimistas: es necesario que los escritores se reúnan y hablen entre sí todos los días; ya que ahora no nos estimamos porque no nos conocemos. (Vaya entre paréntesis: hay quien supone que los odios nacen de que nos conocemos demasiado.) Engendre el trato amistades, suavice el roce asperezas, aleje el respeto mutuo prevenciones, y ya verán ustedes como se convierten en una Arcadia esta república de las letras, hoy tan desmoralizada y dividida.

Un traductor exclamó gozoso de poder echar su cuarto á espadas *l'union fait la force*.

Y dicho y hecho: se reunieron en el teatro de la Comedia un centenar de escritores y artistas, y vice-versa, para que no se ofenda nadie, y nombraron una comisión organizadora, que es lo único que sale en España de todas las reuniones.

Pero, dicho sea en honor suyo; esta comisión organizadora cumplió su deber á maravilla. Empezó por sacar cinco duros á cada socio ¡vayan por Dios! Digo, no; si fueran por Dios, bienidos estarían, ¡vayan por... lo que fuere! y, además de esto, celebró en el teatro Real una función, de que Vds. tendrán noticia, que produjo muy cerca de 36.000 reales libros.

Y ya tenemos á Periquito hecho fraile; es decir, ya tenemos á la comisión organizadora con dinero suficiente para tomar una casita, amueblarla y ofrecérsela con toda finura y cortesía. Solo que la casa no parece; entendámonos, casas sobran; hay en Madrid catorce mil cuartos desahucados; pero no se encuentra uno que agrade á todos los señores de la comisión. El que le gusta á

este, le parece feo á aquel, y caro al otro y poco céntrico al de más allá, y por más que visitan habitaciones y habitaciones no dan con la que buscan, porque buscan la que á todos les convenga igualmente.

Y de aquí, de esta trivialidad, ha surgido la primera disidencia. ¡Y no son más que diez los individuos de la comisión! ¿Qué dirá de esta primera dificultad Jacinto Octavio Picon, mi buen amigo, que para demostrarme lo que la asistencia al Casino uniría á los escritores, me ponía por ejemplo á la comisión organizadora, que, compuesta de individuos pertenecientes á diversas *pandillas*, marchaba, sin embargo, de acuerdo y con perfecta unidad de miras en todo? ¡Verdad es que no han disentido hasta que han tropezado con una cosa que resolver!

Entre cualquiera clase de personas esta divergencia sobre asunto tan baladí se resolvería sometiéndola al fallo de la comisión en pleno, y acatando todos el acuerdo de la mayoría; pero entre escritores no puede hacerse semejante cosa, por razonable que parezca. Las sugerencias del amor propio, lo primero siempre y por encima de toda clase de respetos y consideraciones. «Yo he dicho que esto es lo mejor, pues esto ha de ser», y de ahí no se sale.

De modo que la cuestión se deja integra para la junta general de socios, los cuales, no teniendo casa el círculo, es decir, no habiendo círculo todavía, tendrán que reunirse en la sala de un teatro, y si no se encuentra un empresario bienhechor, en cualquiera plazuela.

Y se nombrará la junta directiva que, como si lo viera, saldrá elegida por doce ó catorce votos; puesto que aún puede decirse que no se ha hablado de la elección, y ya circulan por ahí veinte ó treinta candidaturas.

Lo que ocurrirá luego es fácil de prever—y me alegraré mucho de que no se cumplá mi profecía.—En la junta se dará una batalla para el nombramiento de conserje, y otra para los de los demás empleados, y otra para acordar el número de periódicos á que se ha de suscribir la sociedad, y otra para convenir en el número de mecheros que se han de encender, y así sucesivamente. Y en cualquiera de estas batallas, los señores del gobierno se tirarán los trastos á la cabeza, metafóricamente, por supuesto, y todo se lo llevará la trampa... ó mejor dicho, las trampas, porque estoy seguro de que, cuando llegue esa ocasión, todavía no se habrán pagado los muebles por completo.

Y esto sin contar con otras dificultades de menor cuantía, que pequeñas y todo, pueden, reuniéndose muchas, hacer imposible la vida del círculo.

Pasemos por alto, y eso que es muy importante, que de los cuatrocientos socios hasta ahora admitidos, pagarán la cuota del tercer mes trescientos cuando más; no es esta hora de hablar de los apuros financieros, que han de venir de seguro, y vamos á otras cosillas.

Los cómicos se incomodarán con los escritores, suponiendo que se entiendan estos entre sí, ¿por qué? no lo sé; pero se incomodarán de fijo, porque es tal su condición que no pueden pasar quince días sin resentirse con alguien. De los pintores no digamos nada: ya ven ellos con malos ojos la formación de un círculo que prescindiera del suyo llamado de «Bellas Artes», en el cual, según su parecer, debíamos haber entrado para dar la vida, porque la que arrastra, así puede decirse, es bastante anémica; de suerte que, si nace el casino, de gestación tan difícil, nacerá muerto.

Y resultará que hemos acudido á la caridad pública, que no otra cosa que acudir á la caridad pública ha sido celebrar la función en el Real, para dar al público el espectáculo de nuestras discordias y nuestros odios, que no nos per-

miten ni siquiera ponernos de acuerdo para fundar un casino.

Pero se ocurre una duda ¿qué vamos á hacer, digo, qué van á hacer, pues yo, si fueron míos, ya sabría en que emplearlos, de los treinta y seis mil y pico de reales que debemos á la generosidad de Madrid?

Para repartirlos me parecen pocos; pero, ¡caramba! para regalarlos me parecen muchos.

S. DE TRASMIERA.

16 de Abril de 1886.

LA REDENCIÓN.

¡Jerusalem!... ¡Jerusalem!... En tí contrastan los errores del judío y las supersticiones del musulmán con las verdades del cristianismo testimoniadas por la fé y la historia; tú evocas mil gloriosas epopeyas, fiel trasunto de nuestra sacrosanta religión. Llena de vida, orgullosa de tu poderío, engalanada con la suntuosidad de tus monumentos y acostumbrada á recibir en tus legendarios templos el tributo de cien pueblos, hoy lloras ¡oh ciudad de David! bajo el estigma de la magnitud de tu crimen, abrumada por tu antigua grandeza; cuya pesadumbre no es tanta por el cautiverio que sufres de extraños pueblos, como por la providencial expatriación de tus hijos, quienes por doquier te avergüenzan de tu deicidio.

La estirpe de Judá había sido despojada de su cetro, pues era llegada la plenitud de los tiempos anunciada por los profetas de Israel, en que, expiado el crimen de la tierra, había de aplacarse la cólera del Cielo, no por medio de las víctimas propiciatorias ofrecidas por los sacerdotes de la antigua ley, sino por un nuevo sacrificio que partiendo de la humanidad culpable llegase á la Divinidad ofendida: era, pues, necesaria la muerte del Hombre Dios. Esta se consumó el año XV del supremo mandato del emperador Tiberio César, siendo consules los dos Géminis (Rubeo y Rufino) (1) en el monte Calvario, extramuros y al Poniente de Jerusalem.

El Señor, dice estos días la Iglesia, estableció la salvación del género humano en el árbol de la Cruz, para que de donde salió la muerte, de allí renaciese la vida, y el que en un árbol venció, fuese también en otro árbol vencido. De esta suerte fué muerto, según la profecía de Daniel, el Mesías por tanto tiempo esperado de los judíos. el Deseado de las naciones, el Hijo único de Dios; quién en la flaqueza aparente de su muerte nos manifestó ser absoluto señor de su vida y de toda la naturaleza.

Aún sin el arrobamiento de la fé ni la meditación de sus inescrutables misterios ¿qué puede presentar la antigüedad pagana ante la incomparable figura de Jesucristo? ¿Acaso el más endiosado de todos sus sabios, el austero é incorruptible Sócrates? Hable por nosotros el impío J. J. Rousseau—«Si la muerte de Sócrates es la de un justo, la muerte de Cristo es la de un Dios.»

Pero su regeneradora misión compendianla mejor que cuanto nosotros pudiéramos decir aquellas frases de los Libros Santos, en que también se refleja el desconsolador y abyecto estado de la humanidad en los tiempos precedentes á la Redención. «Vino el Hijo de Dios á iluminar á los que estaban sentados en tinieblas y sombras de la muerte.» Lo cual, sin duda, sugiere á Chateaubriand esta inspirada exclamación: «la historia del mundo, más bien que en sus tres edades cronológicas, debiera solo dividirse en dos periodos separados por la Cruz.» Sí, puesto que del otro lado del signo augusto del Calvario la esclavitud, la prostitución de la mujer, el sacrificio del hijo, el menosprecio del pobre, el derecho de gentes escarnecido, la humana sangre llenando la copa del placer en los espectáculos, los odios y las pasiones por culto y los más execrables crímenes por divinidades, con excepción de la única verdadera, son débiles reflejos de la brutal abyección á que se hallaba aherrojado el linaje humano por la idolatría del fetichismo y politeísmo. En cambio, á este lado de la Cruz la humanidad forma una sola familia por la doctrina del Evangelio, cuya predicación, confiada á unos pobres pescadores, cambió la faz de la tierra, sustituyendo á las densas sombras del error y degradación esa luz vivísima que dilatando los horizontes del destino de las

(1) Mortuus est Christus duobus Geminis Consulibus. S. Ang. De Civ. Dei. Lib. XVIII, cap. 54.
Christi Passio, perfecta est sub Tiberio Cesare, Consulibus Rubello Gemino et Rufino Gemino. Tertulim. Lib. Contra Judaeos, cap. VIII.
Ad Passionem venit anno Tiberii decimo quinto. Idat. Apud Canis. Antiq. lect. tom. II.

criaturas por la mística relación con su Creador, dignifica al hombre por el conocimiento de Aquel que se llamó á sí mismo Camino, Verdad y Vida.

J. D. DE LA P.

AL ILUSTRE Y MALOGRADO INGENIERO DON ANGEL MAYO.

LA MEJOR GLORIA. (I)
Regar con sangre la triunfal carrera
Caminando entre ruinas y dolores,
Cual humano ciclón, cuyos furores
Ni el ruego ataja, ni el horror modera;
Sobre el alto torreón, donde la hoguera
Calcínó del cincel ricos primores,
Clavar, entre alaridos y estertores,
El manchado girón de una bandera...
Triunfos de ayer, que en belicoso canto
El mundo antiguo transmitió á la historia;
Lauros que al hombre sedujeron tanto
Al medir por el daño la victoria;
Mucho horror, mucha sangre, mucho llanto...
¡Cuanto mayor estrago mayor gloria!

Cruzar los mares por fugaz sendero,
Sobre el líquido abismo dibujado,
A impulsos del vapor, gigante alado
Que palpita en sus cárceles de acero;
Transformar en humilde mensajero
Al rayo por las pilas evocado,
Y en vez del arma fiera del soldado
Dirigir la piqueta del obrero,
Glorias son á que aspira noblemente
Sin lucha fratricida el gemo humano
Que su misión altísima presiente;
Pues Dios en su designio soberano
Un rayo de su luz dió á nuestra frente,
No un acero homicida á nuestra mano.

Angel Mayo, tu gloria no la empaña
Ni un ageno dolor; raudales claros,
De aire, de flores y de luz avaros,
Conquistaste sin sangre á la montaña.
La hueste que en pacífica campaña
Logró alcanzar doquier timbres preclaros,
Que hendió los montes y erigió los faros
Y con estrellas circundó la España,
Hoy evoca en tu honor memorias fieles,
Y á su hermano infeliz triste destina
Para la herta sién frescos laureles.
No los produjo calcinada ruina,
Y en vez de ajar su lustre manchas cruels,
Perlas traen de Tempul y la Molina.

PARÍS POR DENTRO.

LA CREMACIÓN.

La sacrilega, infame y repugnante violación cometida por un insensato sobre el cadáver de una joven en el cementerio de Saint Ouen, el horrible despertar en el sepulcro de una mísera anciana, enterrada viva, y las recientes y reñidas discusiones habidas en la Cámara francesa sobre la libertad de funerales y sobre el derecho que tiene el hombre de disponer, como le plazca, de sus despojos, me han sugerido el presente artículo.

El asunto es algo, y aún algo, tético y sombrío; pero ni todo ha de convertirse en risas ni, como dice una gráfica aunque vulgarísima frase, *está el horno siempre para rosquillas*. Además, estamos en cuaresma, época de reflexión y recogimiento.

Hoy existe una ley que autoriza en Francia la cremación; es decir, que esta ley ha sido votada por la Cámara popular, aún cuando carece de la sanción de la Alta Cámara, que se muestra, según se dice, reacia y recalcitrante en acordarla.

La resistencia de los senadores—si es que tienen la veleidad de resistir, que no lo creo—no durará mucho, y si al principio, *pro pudor*, no ceden, al fin y á la postre rendiránse; porque los venerables padres conscriptos son como esos tíos de comedia que se pasan la vida gruñendo, criticando y reprimiendo á la juventud y que concluyen luego por ser víctimas de ella.

Es probable que muchas personas usarán de esta nueva libertad, porque la opinión pública se muestra favorable á este nuevo sistema de *ser sepultado*. Esto es evidente desde el momento en que los caballeros elegidos por el sufragio universal libre, y por tanto representantes genuinos del pueblo francés, han votado por gran mayoría la ley que autoriza la cremación en Francia.

Todo es, en este mundo, cuestión de costumbre, y yo que era poco entusiasta de la discutible doctrina de la incineración, yo que me echaba á temblar ante la perspectiva de ser aniquilado metódicamente en un calorife-

(1) Esta poesía, original de D. Rafael Martín, se leyó ayer, 18 de Abril de 1886, en el acto de la inauguración de la lápida dedicada á D. Angel Mayo en el vestíbulo del Depósito de guas de Frontillo.

ro, me he vuelto menos aprensivo y me he ido poco á poco acostumbrando á la idea de ser quemado, porque, después de todo, este *final*, espeditivo y rápido, no me parece más desconsolador ni pavoroso que otro cualquiera.

Los espiritualistas no pueden negar que el alma que levanta con sin igual facilidad la fría y pesada losa de la tumba, puede también levantar el tapón más ó menos esmerilado de un bote de vidrio ó la tapadera de una urna de mármol ó porcelana. Los espiritualistas no pueden, por lo tanto, hacer ninguna objeción ni oponer ninguna razón plausible y del género de las sentimentales contra la incineración. Y si yo me atreviera á permitirme bromas en asunto tan grave y serio, añadiría que el mejor modo que tiene el alma de subir pronto y derecha al cielo es entre humo y como el humo.

La Iglesia celebra el martes llamado de Ceniza, y aunque en los sagrados oficios el sacerdote dice las sacramentales palabras: «Eres polvo, hombre, y en polvo te has de convertir» en realidad con lo que marca al feigrés en la frente es con ceniza y no con polvo, y de la ceniza ha tomado su nombre esta fiesta religiosa, que es asimismo símbolo de una imagen que sería supérfluo comentar aquí.

Hay que confesar, bajo otro punto de vista menos trascendental, que los cementerios son perjudicialísimos, en los grandes centros sobre todo, á la salud pública. La podredumbre humana, aglomerada y corrupta, emponzoña el aire y el agua y engendra la epidemia. Este argumento, no obstante ser más dramático que concluyente, es de mucho efecto y de cierto peso, y ha sido empleado con frecuencia en favor de la cremación por sus partidarios y defensores. A mi me parece argumento de los de *reclumbrón* porque si los cementerios próximos á las ciudades presentan tales inconvenientes, no hay más que llevarlos lejos, en medio de sitios despoblados ó llanuras desiertas; y si no fuera posible y hacedero y si en verdad los muertos son los asesinos de los vivos, no es la cremación facultativa lo que la ley debe autorizar, sino la cremación obligatoria y forzosa lo que debe decretar.

Otro de los argumentos de los partidarios de la incineración consiste en decir que, gracias á ese sistema, el caso, por desgracia frecuente, de despertar dentro del ataúd, no se reproducirá; pero este argumento es falaz, porque si el despertar dentro del ataúd es una cosa horrible y que pone los pelos de punta, no creo yo que el despertar en una parrilla hecha áscuas sea más dulce, consolador ni halagüeño. El procedimiento varía, pero el resultado, para el que haya tenido la terrible desventura de pasar por muerto no estándolo, es idéntico é igualmente espeluznante y horroroso.

La medicina legal presenta en apoyo de la cremación un poderoso argumento, pues es sabido que la traza de los venenos se encuentra en las cenizas mejor y con más seguridad que en el cadáver de un individuo.

Raspail dijo una vez al Presidente de un Tribunal, que le interrogaba sobre un caso de envenenamiento por medio del arsénico, que no podía responder con certeza aún cuando había encontrado arsénico en el cadáver de la víctima, y propuso al referido Presidente, que se encontraba descontento, extraer arsénico del cuero del respaldo de la butaca en que estaba sentado, lo que no probaría que la butaca había sido envenenada por nadie.

Una vez admitida la cremación, nada más fácil que destilar las cenizas, reveladoras, al decir de expertos, de la verdad absoluta.

Lo que más preocupa á muchos es la sencillez que vestirán las ceremonias fúnebres, la mezquindad y tristeza del espectáculo y la cruel impresión que producirá éste sobre el corazón dolorido de los que pierden un sér querido.

La operación de la cremación, casi una operación de cocina, es en sí brutal, pero nada impide atenuar esta brutalidad y bien puede el que desea pompa, lujo y boato, para satisfacer su orgullo aún en los momentos en que el hombre más debiera reflexionar en su inanidad, organizar una *mise en scene* imponente y grandiosa, algo así como el cuarto acto de una ópera, con una magnífica orquesta que ejecute la marcha fúnebre de Chopin ó la de la ópera *Yago*.

La cremación tiene sus ventajas, y ya verán ustedes como, con el tiempo, nos iremos acostumbrando á la idea de ser achicharrados.

PIO SILBÉN.

Neuville-sur-Saône, 8 de Abril de 1884.

LAS PROFECÍAS.

II.

Otras profecías también se recuerdan como notables, porque dan pormenores de la pasión de Jesús, que no estaba dentro de los límites de lo probable que se juzgasen.

Zacarías, que existió 500 años antes de Jesucristo, predijo que el Mesías sería vendido, determinó el precio de la traición, anunció el arrepentimiento de Judas Iscariote, manifestó que el dinero de la venta sería arrojado en el templo del Señor, y en fin, fijó el destino que había de darse a este dinero, precio de la sangre del justo.

«Ellos pesaron, dice el profeta, treinta siclos de plata, los cuales dieron por mi recompensa. Y el Señor me dijo: echa al alfarero ese bello precio en que me apreciaron, y tomé los treinta siclos de plata, y los eché en la casa del Señor para el alfarero.» (1)

«El mismo profeta ve heredado al pastor y descariadas las ovejas (2) contempla á aquel á quien traspasan on, derramando lágrimas sobre él más amargas que las que se vierten por un hijo único (3), y sabe, que en el día en que muera Cristo se borrará de la tierra el nombre de los ídolos y no se nombrarán más, quedando exterminados los falsos profetas y el espíritu impuro.» (4)

Amós, contemporáneo de Isaías, y Joel, algo posterior, predicen que la tierra había de cubrirse de tinieblas al morir Jesús.

«El primero dijo: «Y acontecerá que aquel día haré que se ponga el sol al mediodía y cubriré la tierra de tinieblas en su mayor luz.» (5) Y el segundo profeta vaticina: «que el día del Señor está cerca. Día de tinieblas será y de oscuridad, día de nubes y de sombra que sobre los montes se esparcirán como el alba.» (6)

De Joel es también una profecía en la que, aludiendo á la lanzada que traspasó el pecho de Jesús, dice: «De la casa del Señor saldrá una fuente, y regará el arroyo de las espigas; ratificando lo profetizado por Ezequiel y Zacarías, (7) y Oseas asimismo anunció que Cristo estaría dos días en el sepulcro, que al tercero resucitaría, y que conociendo este hecho se afirmaría nuestra fé. «Darán vida el Señor después de dos días, el tercero nos resucitará, viviremos delante de él, le conoceremos y perseveraremos en conocerle, como el alba está preparada su salida y vendrá á nosotros así como la lluvia de la tierra.» (8)

En otra de sus profecías Oseas enaltece la victoria de Cristo sobre la muerte con estas palabras:

«De la mano del sepulcro los redimiré y los libraré de la muerte. ¡Oh muerte, yo seré tu muerte y tu destrucción! ¡Oh sepulcro, arrepentimiento será escondido de mis ojos!» (9)

Ezequiel, profeta que floreció hacia el año 600 antes de Jesucristo, en uno de sus escritos nos revela que el Señor le dijo: «Pasa por medio de la ciudad, y pon una señal de T en la frente de los hombres que gimen y llaman á causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella, y á todo el que tenga esta marca no le herirás, más á los otros matados hasta que no quede uno» (10), cuya figura de T, (thau de los hebreos), hace notar Bossuet, es un emblema de la cruz que había de ser el signo de nuestra salvación y la señal de cristiano, como lo era aquella serpiente de metal que Moisés puso sobre dos maderos cruzados y que sanaba á todos cuantos eran mordidos por las serpientes vivas. (11)

La predicación del Evangelio en todo el mundo la anunció Oseas diciendo: «Y será el número de los hijos de Israel como la arena del mar, que es sin medida y no será contada. Y en lugar donde se les ha dicho: No pueblo mío vosotros, se les dirá: Vosotros sois hijos del Dios vivo.» (12)

Con igual propósito dijo Miqueas: «Y acontecerá en los últimos días que el monte de la casa de Dios será fundado sobre la cima de los montes, y ensalzado sobre los collados, y correrán á él los pueblos. Y se apresurarán muchas gentes y dirán: Venid, subamos al monte del Señor, y á la casa del Dios de Jacob; y nos enseñará sus caminos, y marcharemos en sus veredas, porque de Sión saldrá la ley, y la palabra del Señor de Jerusalén.» (13)

«Y serán las reliquias de Jacob en medio de los pueblos como el rocío del Señor y como la lluvia sobre la hierba, que no aguarda á hombre y nada espera de los hijos de los hombres. Y serán los residuos de Jacob entre las gentes en medio de muchos pueblos.» (14)

Sofonías, anunciando al mundo el Evangelio, predica:

«Porque entonces daré á los pueblos una palabra escogida para que todos invoquen el nombre del Señor bajo un solo yugo.» (15)

Joel, refiriéndose á igual predicación, escribió:

«Derramaré mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas y vuestros ancianos soñarán sueños. Y aún también sobre mis siervos y siervas derramaré mi espíritu.» (16)

Y Habacuc profetizaba:

«Se detuvo y midió toda la tierra, y fueron reducidos á polvo los montes del siglo. Y se envorcaron los collados del mundo por los caminos de la verdad.» (17)

Existen además otras muchas profecías sobre los sucesos de la pasión de Jesucristo; pero si se escribiera cada una por sí, habría que recordar la mayor parte de los libros del Antiguo Testamento, porque sus hechos son figuras, y sus palabras son revelaciones de lo que debía narrarse y decirse en la plenitud de los tiempos.

De ilas palabras, los textos que hemos reproducido son una prueba de ello. Entre los hechos del Antiguo Testamento que son una figura del Nuevo, consignaremos solamente dos, que se consideran muy significativos.

Uno es referente al sacrificio de Isaac; otro es la historia de Josef.

Un día mandó el Señor á Abraham que fuera á Moriah (donde después se edificó el templo de Jerusalem), para ofrecer á su hijo en holocausto en lo alto de uno de los montes. Obediente el santo patriarca tomó consigo dos mozos y á Isaac su hijo, cortó leña para el sacrificio y fué al sitio designado por Dios. Al tercer día de su viaje vió el lugar de lejos y dijo á los mozos que esperasen. Enseguida puso la leña sobre los hombros de Isaac, tomó el fuego y el cuchillo y ambos se encaminaron á la cumbre del monte -Moriah. Entonces Isaac, preguntó á su padre donde estaba la víctima para el holocausto, á lo que respondió Abraham que Dios la proveería. Después de llegar al sitio del sacrificio levantó el patriarca un altar, preparó la leña, ató sobre ella á Isaac, y elevó su mano armada con el cuchillo para degollarle; pero un ángel del Señor se apareció, llamó á Abraham y le dijo: «No extiendas tu mano sobre el muchacho ni le hagas nada: ahora he conocido que temes á Dios, y que no has perdonado á tu hijo unigénito por amor de mí.»

Oidas estas palabras alzó Abraham los ojos y vió á un carnero á sus espaldas, trabado por los cuernos en unas zarzas, le cogió y ofreció en holocausto en lugar de su hijo.

Y luego volviendo á llamar el ángel á Abraham le dijo:

«Por cuanto has hecho esta acción, y no has perdonado á tu hijo único por amor de mí, te bendeciré y te multiplicaré tu descendencia como las estrellas del cielo y como la arena que está en la ribera del mar. Tu posteridad posee las puertas de sus enemigos, y en tu descendencia serán bendecidas todas las naciones de la tierra, por cuanto obediste mi voz» (18).

Y benditas fueron, como se lo prometió á Abraham y á sus hijos (19) y poseyeron un nuevo reino de paz y de dicha eternas, cuando Jesucristo fué crucificado en el mismo punto en que debía haber sido inmolado Isaac, después de llevar sobre sus hombros la leña del sacrificio y de conformarse sin abrir los labios con la voluntad de su padre.

Para hacer más cumplida la figura, dice San Agustín, era necesario sustituir al hijo de Abraham con otra víctima que debía ser verdaderamente inmolada, y por eso apareció un carnero, con la circunstancia de tener enredadas las astas entre las espigas de una zarza, para que fuese imagen del Cordero de Dios, que se le sacrificó después de ser coronado de espigas.

Un sacrificio fué sustituido por otro, una víctima reemplazó á otra, para significar que allegar la época del cumplimiento de las Profecías, solo una hostia había de ofrecerse á Dios en los altares, cesando los sacrificios cruentos.

Nieto de Isaac fué aquel Josef, cuya historia es tan interesante.

Era uno de los doce hijos de Jacob al que aborrecían sus hermanos porque le amaba mucho su padre, y al que odiaban por referirles Josef algunos sueños, presagios de su futura grandeza. Un día que estaban ellos apacentando ovejas en Dothan, pueblo cercano á Samaria, envió Jacob á su hijo predilecto á ver si iban prósperas todas las cosas. A penas le vieron sus hermanos dijeron:—«Mirad ahí viene el soñador, matémosle y echémosle en una cisterna vieja y diremos: una fiera muy mala le devoró, y entonces se verá de que le aprovechan sus sueños.»

Ruben, oponiéndose á este inicuo proyecto aconsejó que se le arrojae á la cisterna sin derramar su sangre, como así lo hicieron, pués al punto que Josef llegó donde estaban sus hermanos le desnudaron de sus vestiduras y le echaron en una cisterna que no tenía agua; pero luego determinaron venderle por veinte monedas de plata á unos mercaderes madianitas que llevaban aromas, resina y mirra á Egipto.

Al volver Ruben, que no presenció la venta de Josef, fué á la cisterna y como no hallara á su hermano, rasgó sus vestiduras, y uniéndose á los otros exclamó:—«El muchacho no parece ¿y yo dónde irá?»—Para salvar la responsabilidad de Rubén, que era el primogénito, decidieron los otros presentar á su padre la túnica de Josef teñida con la sangre de un cabrito.

Cuando la reconoció Jacob dijo:—«Esta es la túnica de mi hijo, una fiera le devoró,»—y rasgando sus vestiduras, vistióse cilicio, y lloró sin querer admitir consuelo.

Llevado Josef á Egipto por los comerciantes de Madian, le pusieron en venta y le compró Putifar, eunuco y oficial de la tropa del rey Faraon (20) y pronto el hebreo halló tanta gracia delante de su nuevo amo, que este le hizo superintendente de su casa. Así pasaron muchos días hasta que la mujer de Putifar puso los ojos en Josef, que era de rostro hermoso y de aspecto agraciado, pero no descendiendo él con esta malvada pasión, la vituperó severamente, y una vez huyó de los halagos de la egipcia, dejándole su capa en las manos. Ofendida ella con este desprecio, acusó al joven de desleal, mostrando la capa con que se había quedado. Creyóla fácilmente Putifar, y encolerizado en gran manera hizo poner á Josef en la cárcel donde eran guardados los presos del rey.

A poco de estar encerrado Josef ocurrió que el jefe de los coperos y el de los panaderos de Faraon delinquieron. Enojado el rey los envió á la cárcel, y como eran los dos señores principales acordó el alcaide que Josef los asistiese y sirviera. Una mañana, que entró el joven hebreo á recibir sus órdenes, le encontró muy tristes, y preguntándole la causa, contestaron que habían tenido un extraño sueño que nadie sabía interpretar.

El jefe de los coperos soñó que veía una vid que tenía tres sarmientos, con yemas que brotaban poco á poco y se desarrollaban al fin en racimos, cuyo jugo iba esprimiendo en la copa de Faraon, que tenía en la mano.

El jefe de los panaderos soñó que traía tres canastillos de harina sobre su cabeza y que en el más alto llevaba panes que secomian las aves.

Josef explicó estos sueños diciendo al copero:

«Los tres sarmientos son tres días al cabo de los cuales Faraon se acordará de tu ministerio, te restituirá á tu antiguo empleo y te dará la copa como antes acostumbraba á hacerlo, rogándote que no te olvides de mí cuando te vieras en esta dicha.»

Al panadero le dijo Josef:

«Los tres canastillos áun son tres días, al cabo de los cuales quitará Faraon tu cabeza, te colgará en una cruz y las aves despedazarán tus carnes.»

Tres días después era el cumpleaños del rey, y acordándose de sus servidores, restituyó al uno en su empleo y mandó colgar al otro en una horca; de manera que se acreditó la verdad del intérprete. No obstante, el copero mayor, vuelto á su prosperidad, se olvidó de Josef.

Trascurridos dos años, Faraon tuvo un sueño. Parecióle que estaba parado cerca de un río del que salían siete vacas hermosas y gruesas que pacían en lugares encharcados, y luego salieron del río otras siete vacas feas y flacas, que pacían en verdes prados, y se comieron á las primeras, cuya hermosura y lozanía eran maravillosas.

Despierto Faraon volvió á dormirse y vió: Siete espigas que brotaban en una sola caña llenas y hermosas, y otras siete espigas nacieron delgadas y picadas de tizon que devoraron toda la lozanía de las primeras.

Ninguno de los adivinos del rey supo interpretar estos sueños. Entonces se acordó el jefe de los coperos de Josef, refirió lo que había pasado en la cárcel, y al punto, por orden de Faraon, sacaron á Josef de la prisión, le cortaron el pelo, y habiéndole mudado el vestido, le llevaron al palacio real.

El rey de Egipto contó á Josef su sueño, y este dijo significaba, que vendrían siete años de gran fertilidad en toda la tierra de Egipto, sucediéndoles otros siete de una esterilidad tan extraordinaria, que haría olvidar esa abundancia, y que por lo tanto, era conveniente que se hiciese ministro del reino á un varón sabio y prudente, quien había de poner gobernadores en todas las provincias con encargo de recoger la quinta parte de los frutos de los siete años de fertilidad, y guardarlo en graneros, para que la carestía no consumiera la tierra en los años de hambre.

Agradó el consejo á Faraon y á sus ministros y dijo á Josef:—«Acaso podré hallar otro más sabio y semejante á tí? Tu serás sobre mi casa y mandarás sobre toda la tierra de Egipto»—y tomando el anillo de su mano, le colocó en el dedo de Josef, le vistió una ropa de lino muy fino, le puso al rededor del cuello un collar de oro, y le hizo subir en su segunda carroza, precedido de un pregonero, que iba gritando «que todos doblasen delante de él la rodilla y supieran que era gobernador de toda la tierra de Egipto», y le mudó el nombre, llamándole en lenguaje egipcio el Salvador del mundo (21).

Tal es la historia de Josef ocurrida en el año 1750 antes de nuestra era, que tanta semejanza tiene con la de Jesucristo. Referir la historia de Josef es recordar la de Cristo; narrar la del Hijo de Dios es recordar la del hijo de Jacob, según opinan los autores católicos.

En efecto; Josef fué aborrecido de sus hermanos por superarlos en virtud; Jesucristo fué aborrecido de los judíos por la santidad de su doctrina. Jacob envió á Josef, que era su hijo predilecto, para que le diese cuenta del estado de los ganados. El Padre eterno envió al hijo unigénito, en quien tenía todas sus complacencias, para que no se desearriaran las ovejas de Israel. Los hermanos de Josef apenas le divisaron resolvieron deshacerse de él, pero sin atreverse á derramar su sangre; luego que los judíos conocieron la misión de Jesucristo decidieron matarle, pero sin osar poner en él sus manos. Ruben, uno de los hermanos de Josef, quiso salvarle; también algunos judíos se opusieron á la muerte de Jesucristo. La codicia y la envidia hicieron que los hermanos de Josef vendieran á éste por veinte monedas de plata; la envidia y la codicia inclinaron á Judas á vender á su divino Maestro por treinta siclos de plata. La ropa de Josef fué teñida de sangre; la humanidad de Jesucristo fué cubierta de su misma sangre. Josef esclavo de los madianitas, que eran hebreos, lo es más tarde de Putifar, que era varon egipcio; Jesucristo pasó del poder de Caifás, que era judío, al de Pilato, que era ciudadano romano. Putifar trató bien á Josef, hasta que su mujer le acusó pérfidamente de ser infiel á su amo; Pilato procuró salvar á Jesucristo, hasta que la sinagoga le acusó hipócritamente de ser traidor al César. Josef calumniado con falsedad no abrió la boca para defenderse y sin oírle le pusieron preso; Jesucristo acusado por sus enemigos, nada dijo en su defensa con admiración de Pilato que le sentenció á morir en una cruz. Josef, arrojado en la cárcel y despojado de su vestido, es una imagen de Jesucristo condenado á muerte, y cuyas vestiduras se repartieron los soldados que le crucificaban. Josef, encerrado en la cárcel entre dos oficiales de Faraon, anunció al uno que sería puesto en libertad y al otro que le ahorcarían; Jesucristo crucificado entre dos ladrones, prometió al uno el paraíso y dejó al otro en su impenitencia. Josef, después del tercer año de su prisión salió de ella para ser ensalzado á la mayor gloria; Jesucristo, al tercer día de ser sepultado, salió de su sepulcro para entrar en su glorioso reino. Josef, creado superintendente de Egipto no tenía otro superior que Faraon y todos debían doblar la rodilla ante su poder; Jesucristo, Cabeza de su Iglesia no tiene otro que le preceda sino el Padre y todos deben de adorarle. A Josef le llamó Faraon el Salvador del mundo, igual nombre dieron los hombres á Jesucristo (22).

El fruto de la sabiduría de Josef le recogió otro pueblo distinto del hebreo. La doctrina de Jesucristo la recibieron los gentiles, por rechazarla la ceguedad de los judíos. En Egipto, donde Josef tenía la autoridad, había trigo, como solo hay salud en la Iglesia donde reina Cristo. Todos y de todas partes acudían á Josef, para comprar trigo y no morir de hambre; todos y de todas partes han de acudir á Jesucristo para no tener muerte eterna. (23)

La coincidencia de los hechos y las palabras del pasado con los hechos y las palabras del porvenir la consideran los incrédulos como un efecto casual, ó como resultado de una mística cavilosidad, y creen con Voltaire y los libre-pensadores de su escuela «que es preciso tener el entendimiento muy abierto para comprender las profecías, cuando se vé que los judíos, que eran depositarios de ellas, nunca han reconocido á Jesús como al Mesías verdadero, ni tampoco nuestros teólogos les han podido convencer de lo contrario en un trascurso de 18 siglos. Aparte de que hubo profetas en todas las naciones, pués los árabes cuentan nada menos que 124.000 desde la creación del mundo hasta Mahoma.» (24)

Precisamente la ceguedad de los judíos estaba profetizada, pero los que presumen de despreocupados desdennan la cuestión, se atienen á los razonamientos de Bayle, celebran las sátiras de Voltaire, aplauden hasta las burlas de Rabelais y miran con despreocupada compasión á los que dan la más ligera importancia á estas cosas, sin perjuicio, por supuesto, de alabar á Jesús como al mejor y al más sabio de los humanos.

La duda y la vacilación en este punto no son posibles, dicen los católicos con gran lógica. Los cristianos, por respeto á Cristo, y los filósofos, por consideración al sabio, han de dar importancia á las profecías; de otro modo, ni los unos son verdaderos cristianos ni los otros sinceros, que dudan de la veracidad de Jesucristo, quien al habitar entre los hombres dijo, repitió, y frecuentemente afirmaba, que había venido á la tierra á cumplir las profecías, según refieren los cuatro evangelistas con su habitual concordancia en todo.

Hé aquí algunas de estas afirmaciones: «Escudriñad las Escrituras, en las que vosotros creéis tener la vida eterna, y ellas son las que dan testimonio de mí. (25) No penséis que he venido á abrogar la Ley ni los profetas, sino á darles cumplimiento. (26) Por que todos los profetas y la Ley, hasta San Juan, profetizaron. (27) Si creyeseis en Moisés creeríais en mí, porque de mí escribí. (28) Bien profetizó Isaías diciendo: este pueblo como los labios me honra; pero su corazón está lejos de mí. (29) Hoy se ha cumplido la Escritura en vuestros oídos. (30) El Mesías soy yo. (31) De cierto os digo que muchos profetas y justos desearían ver lo que veis y no lo vieron, y escuchar lo que oís y no lo oyeron. (32) No hablo de todos vosotros, ya sé los que he escogido, más para que se cumpla la Escritura, el que come pan conmigo levantó contra mí su calcañar. (33) Han visto mis obras y me aborrecen para que se cumpla lo que está escrito en su ley. Que sin causa me aborrecieron. (34) El que cree en mí, como dice la Escritura, ríos de agua correrán de su corazón. (35) Como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del Hombre sea levantado (36), y como estuvo Jonás tres días y tres noches en el vientre de la ballena, así estará el Hijo del Hombre tres días y tres noches en el seno de la tierra. (37) Hé aquí que subimos á Jerusalem y serán cumplidas todas las cosas que fueron escritas por los profetas del Hijo del Hombre, porque será entregado, escarnecido, injuriado y escupido y después que le hubieran azotado, le matarán, pero resucitará al tercer día (38).

Esto decía Jesús á sus discípulos y á los judíos. Un momento antes de su muerte exclamó: «Consumado es!» (39) indicando que estaba terminada la obra de la Redención y cumplidas todas las profecías.—Después de resucitar Jesús, el ángel que estaba en el sepulcro vacío dice á las santas mujeres. «No está aquí, resucitó como dije» (40), y cuando se apareció Jesús á dos de sus discípulos, cerca de la aldea de Emmaus, les explicó todas las Escrituras que de él hablaban, comenzando desde la de Moisés. (41)

Todos estos testimonios son muy decisivos. Jesús que era la verdad (42) no podía engañar: como sabio no debía hacerlo: así que hay que dar al cumplimiento de las profecías la importancia que tiene, y por lo mismo, todos los cristianos, cualquiera que sea su iglesia, deben dejar á los escépticos en la creencia de que en nada creen, y convenir con las personas piadosas en que las palabras y los hechos que se repiten de una manera constante en el trascurso de muchos siglos y siempre convergiendo á un mismo fin no pueden ser un efecto de una mera casualidad, y tanto menos cuanto que se refieren á sucesos futuros que habían de ser extraordinarios y admirables. (43)

Aunque se empeñen los despreocupados en negarlo, es evidente que en el corazón de la humanidad está la intuición de su porvenir, y por eso los poetas, que son los que saben interpretar mejor sus sentimientos, han revelado á los hombres los misterios de su destino. «La poesía, dice Labitte, es á la eterna belleza lo que es la virtud al eterno bien, y lo que la sabiduría á la verdad eterna: es un rayo que desciende de lo alto; es algo que nos acerca á Dios.» (44)

Los poetas llenos de esa intuición sublime han anticipado los sucesos. Virgilio anunció el nacimiento de Cristo. (45) Séneca el descubrimiento del nuevo mundo (46) y los profetas, poetas de Israel, inspirados por Dios, nos han revelado la Redención de la humanidad en la cumbre del Calvario. Sus escritos no son obras de soñadores, ni los personajes bíblicos más que entidades históricas. Las palabras de los unos y las obras de los otros coinciden armoniosamente, como los engranajes de unas ruedas, para señalar en la esfera del tiempo la voluntad de Dios.

En suma, los dos Testamentos, como dice San Agustín, se dan recíprocamente testimonio. Los evangelistas confirman lo que escribieron los profetas, y la historia lo que reveló la profecía; asunto que no hemos hecho más que bosquejar, porque es harto grandioso para encerrarse en las breves páginas de un estudio.

Pero aún hay que consignar que Daniel fijó la época del cumplimiento de las profecías. Ese gran profeta, uno de los cuatro mayores, que existió 600 años antes del nacimiento de Jesucristo, escribió en tan remoto siglo:

(25) San Juan, V.—39.
(26) San Mateo, V.—17.
(27) San Mateo, XI.—13.
(28) San Juan, V.—46.
(29) San Mateo, XV.—7-8. Isaías, XXIX.—13.
(30) San Lucas, IV.—21 y 22.
(31) San Juan, IV.—26.
(32) San Mateo, XIII.—17.
(33) San Juan, XIII.—18. Salmo XL.—10.
(34) San Juan, xv.—25. Salmo, xlv. 19 y LXXVII, 5.
(35) San Juan, VII.—38. Joel, II.—28.
(36) San Juan, III. 14. Números, xii. 8 y 9.
(37) San Mateo, xii. 40. San Lucas, xi. 29.
(38) San Mateo, xx. 18. San Marcos, xi. 33. S. Lucas, xix. 31.
(39) San Juan, xix. 30. Sexta palabra que Cristo habló en la Cruz.
(40) San Mateo, xxviii. 6.
(41) San Lucas xxiv. 27.
(42) Jesús decía: «Yo soy la luz del mundo; el que me sigue no anda en tinieblas. San Juan, viii. 12.
(43) Augusto Nicolás; Estudios filosóficos sobre el cristianismo. Parte tercera cap. iv.
(44) Labitte. Estudio sobre La Divina Comedia.
(45) Virgilio. Egipto IV.
(46) Los siglos terminan de su edad dorada: De nuevo largos años nos envía; El cielo, y nueva gente así engrandera; Tu, luna casta, llena de alegría; En vórtice, pues reina ya tu Apolo, Al niño que nació en aquesta día. (Traducción de Fray Luis de León.)

(47) Daniel. Cap. ix. 25 á 27.
(48) Esdra. Libro II. Cap. II. I. Eclesiástico. Cap. Lxxv. 15. Según las Tablas Cronológicas de César Cantú, Artajerjes Longiniano, reinó desde el año 472 á 424, antes de J. C. Cronología Parte 2.ª.
(49) César Cantú Historia universal. Epoca xi. cap. IX.
(50) Isaías. XLIX.—12. Ezequiel, VIII.—7. X.—9. Jeremías, XXXI.—27. Oseas, I.—10.
(51) Castelar. La civilización en los cinco primeros siglos del Cristianismo.—Sección VII.

(1) Zacarías, XI, 12 y 13. San Mateo repite esta profecía en el versículo 9, cap. XXVII de su Evangelio.
(2) Zacarías, XIII, 7.
(3) Zacarías, XII, 10. San Juan cita esta otra profecía en el versículo 37 del cap. XIX de su Evangelio.
(4) Zacarías, XIII, 2.
(5) Amós, XIII, 9.
(6) Joel, II, 2.
(7) Joel, III, 18. Zacarías, XII, I. Ezequiel, XL, VII, I.
(8) Oseas, XI, 3.
(9) Oseas, XIII, 14. San Pablo refiriéndose también á la resurrección de Jesucristo exclama: «¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está, muerte, tu aguijón? (I. Corintios, XV, 55).
(10) Ezequiel IX, 4 y 6.
(11) Moisés, Números XXI, 9. San Juan, IV, 14.
(12) Oseas, I—10. Génesis, xxi—17. Epístola de San Pedro, II—10.
(13) Miqueas, I—1 y 2. Isaías, II—2.
(14) Miqueas, I—7 y 8.
(15) Sofonías, III—9.
(16) Joel, II—28. Hechos apóstólicos, II—17.
(17) Habacuc, III—6. San Lucas, III—5.

(18) Génesis.—Capítulo XXII, versículo 1 á 18.
(19) San Lucas Evangelista.—Capítulo I, versículo 56.
(20) La Biblia llama Faraones á todos los reyes pastores que hubo en Egipto.
(21) Génesis, Capítulos xxxvii, xxxix y xl.
(22) «Sabemos que verdaderamente es este el Salvador del mundo.» San Juan, IV.—42.
(23) La Biblia, traducida y anotada por el R. P. Seo de San Miguel.—Nota al versículo 56, del capítulo XII de El Génesis.
(24) Voltaire.—Dictionnaire philosophique.—Prophties. (Traducción de D. Angel Lasso de la Vega.)